

EN bello día de estío, caminaba yo, apoyado en mi baston de viaje, por una de las calzadas, que desde Anseres, se dirijen á la campiña: me hallaba ya cansado, no solo de soñar despierto, sino tambien de contemplar el espectáculo de la naturaleza; porque el largo camino, habia fatigado mis miembros, y el calor sofocante habia embotado la sensibilidad de mi cerebro.

No habia hecho yo una jornada muy larga, ni habia precipitado el paso de manera que se hubieran agotado mis fuerzas: habia salido de la ciudad por la mañana temprano: habia hallado un banco á orillas del camino, y me habia sentado para hablar con las gentes del meson: habia cojido flores y yerbas aromáticas: y así soñando, y jugando con un placer infantil, no habia hecho mas que tres leguas de camino, cuando el sol empezaba á bajar hácia el horizonte.

Fué, pues, con verdadera satisfaccion, como oí el ruido de unas ruedas, y como distinguí, á traves de una nube de polvo luminoso, la gigantesca masa negra, que me anunciaba la llegada de la diligencia.

Cuando el pesado carruaje, se aproximó por fin al lugar donde yo estaba, hice una señal al conductor, que ya desde léjos me habia enviado el saludo amistoso de un atiguo conocido.

Detuvo sus caballos, abrió la diligencia, y respondió á mi pregunta telegráfica:

—Aun queda un sitio en el cupé: ¿dónde vamos con este calor sofocante, mi amo?

—Bajaré en el camino de Bodeghem.

—Bien, señor. . . . ¡andando!

Yo salté dentro del carruaje, y antes de que me hubiera sentado, los caballos volvieron á tomar su trote cadencioso.

No habia mas que un viajero en el cupé: un anciano de cabellos casi blancos, que habia respondido á mi saludo, con un—buenas tardes, caballero—pronunciado en voz baja, casi sin mirarme, y que parecia poco dispuesto á la conversacion.

Durante algun tiempo, yo miré por la portezuela, contemplando con distraccion los árboles que desfilaban rápidamente, los unos despues de los otros, por delante de los cristales de la diligencia, pero bien pronto, un movimiento de curiosidad, llevó mi atencion, hácia mi compañero de viaje, y como él tenia la cabeza baja y los ojos inclinados, pude observarle y examinarle á mi placer.

Nada habia en él de muy notable: parecia haber pasado de los sesenta años: sus cabellos, casi tan blancos como la nieve, eran hermosos y abundantes: su espalda estaba ligeramente encorvada: los rasgos de su rostro, eran dulces, y llevaba el sello de una belleza marchita; su traje sencillo, pero rico, era el de un hombre que pertenece á la clase media; la inmovilidad de sus grandes ojos, una sonrisa que aparecia de vez en cuando sobre sus labios, y el pliegue de reflexion formado entre sus dos cejas, decian bien claro que se hallaba absorto en un pensamiento profundo. Lo que atrajo mas particularmente mi atencion fué un trozo de alabastro colocado al lado de mi vecino: este objeto aun informe se parecia bastante al zócalo de un reloj: á su lado, y asomando fuera del papel en que estaban lia-

dos, se veían algunos instrumentos de acero, y yo creí que no me engañaba, al suponer un relojero, á mi compañero de viaje.

Después de un largo silencio me arriesgué á dirigirle esta frase trivial:

—Hoy hace un calor horrible ¿no es verdad, caballero?

Estremeciéndose como si saliera de un sueño: se volvió hácia mí y contestó con una sonrisa amable.

—En efecto, caballero, hace mucho calor.

En seguida volvió á tomar su primera posición.

Yo no sentía gran deseo de hacer mas ámplio conocimiento con un hombre tan avaro de sus palabras y tan poco dispuesto á la conversacion; por otra parte, su rostro me inspiraba una especie de respeto á causa de la majestad impresa en sus facciones, donde se leían los signos del génio y del sentimiento.

Refugiéme en mi rincón: cerré los ojos y me puse á soñar despierto, tanto y tan bien, que acabé por adormecerme.

—¡Los viajeros de Bodeghem! gritó el conductor abriendo la portezuela.

Salté al suelo y pagué mi asiento.

El conductor ocupó de nuevo su sitio: azotó á los caballos, y me gritó á guisa de despedida:

—Feliz viaje, Mr. Conscience! y haced una bonita historia acerca de *La tumba de hierro!*

Asombrado con lo que acababa de oír, seguí con los ojos al conductor de la diligencia.

¿Quién podía haberle revelado el objeto de mi viaje, si yo no habia dicho á nadie una palabra en todo el camino?

Una voz, que pronunció mi nombre á mi espalda, me hizo volver la cabeza.

Ví aproximarse con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios, á mi singular compañero de diligencia; llevaba el pedazo de alabastro y los útiles de acero bajo el

brazo: habia bajado del carruaje, sin duda detras mí, de sin que yo lo hubiera notado.

Saludóme cordialmente y me dijo:

—¿Con que vos sois Mr. Conscience, el cantor de nuestro bello país? excusad mi imprudencia y permitid que os estreche la mano. ¡Hace tanto tiempo que deseo conoceros!

Yo balbucí algunas palabras para dar gracias al anciano por su amabilidad.

—¿Vais á Bodeghem? me preguntó.

—Sí, señor; pero estaré allí muy poco tiempo. Pienso llegar á Benhelhout al caer la tarde y dormir allí esta noche.

—Tendré entónces la dicha de ser vuestro compañero de camino, y quizá vuestro guía hasta Bodeghem. ¿No habeis estado nunca en ese pobre pueblecito olvidado?

—No, caballero, y así con mucho placer me aprovecharé de vuestra amabilidad, á condicion de que me permitais descargaros de esa piedra.

—No paseis cuidado por mí: mis cabellos son ya blancos y mi espalda empieza á encorvarse; pero mi corazón y mis piernas están todavía buenos.

Yo insistí en llevar el pedazo de alabastro, invocando su mucha edad, mis fuerzas juveniles y el respeto debido á los ancianos; pero él se excusó, defendiéndose tenazmente. En fin, tomé su carga, casi á la fuerza, y lo obligué á seguirme en el arenoso sendero.

Para poner fin á las seguridades de su gratitud le repunté:

—¿Este alabastro estará sin duda destinado al zócalo de un reloj?

—¿Me creis relojero? respondió riendo. No, señor Conscience, soy escultor.

—Me hallo, pues, en compañía de un artista, y me doy por ello el parabien.

—Solo soy un aficionado á las artes.

—¿Hace mucho tiempo que habitais en Bodeghem?

—Hace mas de cuarenta años.

—Tal vez vuestro nombre me será conocido.

El anciano sacudió con melancolía su bella cabeza blanca y contestó:

—Vos sois aun demasiado jóven, caballero, para conocer mi nombre. Es verdad que en el mundo de las artes ha hecho algun ruido; pero esto no dura largo tiempo, y ya han pasado desde entónces mas de treinta años.

—¿No habeis enviado nunca á las exposiciones ninguna de vuestras obras? le pregunté.

—Una sola vez, en 1824; habia entónces un gran movimiento en el dominio de las artes, porque la paz daba impulso á todas las fuerzas vivas de la nacion. Desgraciadamente, cada artista se sujetaba á esas reglas estrechas que la pretendida escuela de David habia trazado como condiciones precisas de la belleza. Se queria imitar en todo la antigüedad griega, mas no se tomaba de ella mas que la apariencia y las formas materiales; faltando un alma que pudiese animar las creaciones de la nueva escuela, se habia acudido á las posturas exageradas y á los efectos teatrales: toda figura, pintada ó esculpida, que no fuera solemne y sin alma, no podia tener gracia á los ojos de un público cuyo gusto estaba pervertido: en estas circunstancias, expuse yo mi primera obra: era una estatua en mármol. . . . una jóven tendida en su lecho de muerte, y teniendo en sus manos cruzadas el crucifijo; así la habia sorprendido el sueño eterno—Yo habia iluminado las facciones sin vida de mi estatua, con una alegre sonrisa, con una expresion de confianza, de paz y de beatitud. . . . Mi deseo era fijar sobre el mármol el momento supremo en que el alma deja el cuerpo, y le obliga sin embargo á expresar la alegría que le hace sentir la certeza de una vida mejor. Esta obra, que yo habia llamado el *Presentimien-*

to de la eternidad, levantó un sentimiento de indignacion entre los artistas: la mayor parte se desencadenaron contra mí, y criticaron mi estatua, como producto de un espíritu enfermo, y como una heregía contra los preceptos que entónces dominaban: en efecto, las formas de mi estatua eran delgadas, delicadas, finas, soñadoras, por decirlo así: la forma material estaba sacrificada á la expresion moral, de una idea ó de un sentimiento. Hubo tambien muchas personas que parecieron admirar mi obra, y que me alentaron diciéndome que yo estaba predestinado á hacer una revolucion en la escuela, y á elevar el arte cristiano sobre el arte pagano; pero cuantos mas defensores encontraba mas veia aparecer enemigos furiosos é implacables: si la lucha se hubiera limitado á la discusion de los méritos y de los defectos de mi estatua, yo no hubiera sucumbido en ella; pero mis adversarios, ciegos por la pasion, se pusieron á buscar en mi pasado pretextos para abandonarme á la risa del público: hicieron, sin quererlo, sangrar mi corazon con profundas heridas, y profanaron recuerdos, que me eran mas caros que la vida: desde entónces he tenido miedo á la publicidad, y nada mas he querido exponer.

Habia en las palabras del anciano una calma llena de dulzura y una conmovedora serenidad: en estos momentos, su figura me parecia tan noble y tan magestuosa, que me sentí presa de una emocion profunda.

Despues de un momento de reflexion le pregunté:

—¿Y ya no trabajais, caballero?

—Sí, me respondió: de tiempo en tiempo, imposible me seria, aunque quisiera condenarme á la ociosidad perpétua: el arte ha llegado á ser para mi corazon una necesidad imperiosa, porque es la varita mágica, con la cual evoco los mas dulces pensamientos de mi pasado, y me trasporto á la primavera de mi vida.

El camino era entónces muy arenoso, y andábamos

con gran pena: esto interrumpió nuestra conversacion durante algunos minutos: cuando pude ocupar de nuevo mi sitio al lado del anciano, le pregunté:

—Si no he oido mal, habeis leído algunas de mis obras: ¿os agrada la literatura?

—No leo mucho; y sin embargo poseo casi todos vuestros libros.

—¿Han tenido la dicha de agradaros?

—Sí; sobre todo, vuestras narraciones campestres, y vuestros estudios morales: esto me gusta mas de lo que os podeis imaginar, y hay volúmen vuestro que he leído diez veces: y no creais que son las historias, propiamente dichas, lo que me causa placer despues de tantas lecturas: es el tono, es una suerte de armonía secreta, que está acorde con mi modo de ser, y que me enamora.

Al oir estas palabras miré al anciano de un modo interrogador, para obtener mas claras explicaciones.

—En las narraciones de que os hablo, dijo, reinan una especie de sencillez ingénu, de dulce sensibilidad, y de inagotable esperanza; un sentimiento sincero de admiración hácia la naturaleza, de reconocimiento hácia Dios y de amor á la humanidad: estas lecturas me enternecen y no llegan nunca á fatigarme; y cuando termino una de vuestras obras, me siento consolado, me parecé que creo mejor, que soy mas amante, y me lleno de alegría en el fondo de mi corazon, descubriendo que cuerdas tiernas y puras, qué se podian creer propias solo de las almas de los niños, vibran y resuenan aun en lo íntimo de mi alma.

Murmuré algunas palabras de gratitud, esforzándome en hacer creer al anciano que alababa mis obras mas de lo que merecian, probablemente por un sentimiento de benevolencia ó de simpatía: mas el rehusó esta razon y añadió en forma de final:

—Cada hombre siente de una manera que le es propia,

que quizá es innata en él, y que proviene, á no dudar, de las sensaciones de su juventud, y de los acontecimientos que han dominado su vida; yo no puedo, pues, pretender que los demas sientan como yo: pero aunque no hubiera yo hallado en vuestros libros otra cosa que la religion del recuerdo, y la fé en un porvenir mejor, esto bastaba para hacérmelos amar; hay además para que yo los quiera razones que no puedo deciros.

En este instante nos hallábamos, mi compañero y yo, cerca de dos ó tres aldeanos que venian hácia nosotros por el camino y guardamos silencio, hasta que se alejaron algun tanto; entónces me preguntó el anciano:

—¿Pensais solamente atravesar Bodeghem para ir á dormir á Benkellhout? ¿No es un deseo particular lo que os trae á nuestro pueblecito?

—Sí, por cierto, tengo la intencion de tomar, á mi paso por él, algunos informes acerca de una cosa que me han referido; mas, puesto que vos sois tan bueno y tan complaciente, ¿por qué no he de preguntaros lo que deseo saber?

—Preguntad, dijo el anciano, animándome con su afable sonrisa?

—¿Hay en el cementerio de Bodeghem un tumba de hierro?

—Hay, en efecto, un sepulcro, al cual los sencillos aldeanos llaman *La tumba de hierro*, porque se halla rodeada de una verja; pero este sepulcro no ofrece nada de notable.

La voz del anciano me pareció haber cambiado de repente de tono; era contenida y seca, como si hubiera querido abreviar ó cambiar la conversacion.

—¿Parece que cada dia nacen flores nuevas sobre esa tumba? dije yo.

—Sí: todos los dias tiene flores nuevas, replicó.

—Me han contado que hay un banco de madera cerca

de la tumba, y que en este banco se sienta cada noche un espíritu, una dama blanca, desde hace ya muchos años.

—Es un cuento de niños, dijo el anciano con una triste sonrisa.

—Ya sé, caballero, repuse, que eso no puede ser mas que un cuento; pero á lo menos es indudable que alguno cuida las flores de esa tumba: las flores no salen por sí mismas de la tierra.

Mi compañero guardó silencio, yo proseguí de esta suerte:

—Hace algunos días, una aldeana de estas inmediaciones, vino á pedirme consejo á fin de obtener el perdón de su hijo, que había sido condenado á una fuerte multa por un delito de caza; yo la hice hablar, y así supe todas las particularidades de la sencilla vida de esas gentes; ella es quien me ha hablado de la tumba de hierro, de las flores que se renuevan cada día, de la dama blanca, y de un ermitaño que se pasa rezando horas enteras al lado de la tumba: yo os suplico que seais bastante bueno para decirme lo que haya de verdad en la narracion de la aldeana.

—La cosa es muy sencilla, respondió mi compañero: el hombre que llaman el ermitaño, porque vive solo, cuida y adorna la tumba de una persona que le era mas querida que la luz de sus ojos; viviendo así desde la separacion fatal, cerca de un sepulcro, y concentrando todo su afecto en ese mismo sepulcro, él triunfó hasta de la muerte: porque ¿quién puede decir que la esposa que la tumba le arrebató le haya dejado realmente, cuando él la vé á cada instante, cuando renace cien veces cada día en su pensamiento?

Yo miraba al anciano con asombro: sus ojos brillaban con una luz extraña, y en su rostro radiaba el entusiasmo.

El notó el efecto que sus palabras producian sobre mí, é hizo un esfuerzo para dominar su emocion: mostróme el camino con el dedo, y me dijo con un tono mas tranquilo:

—Ved nuestra pequeña iglesia: si hubiéramos tomado la travesía, desde aquí veríamos ya la tumba de hierro.

Apénas puse atencion á lo que me decia, pensando en sus anteriores palabras.

—¿Una esposa habeis dicho, caballero? le pregunté: es, pues, una mujer casada, la que reposa en la tumba de hierro?

—Una vírgen pura como la azucena que nace con el alba, me respondió.

—¿Pero casada?

—Vírgen y esposa, en efecto.

No sabia yo qué pensar del tono solemne con que habia pronunciado el anciano estas últimas palabras: comenzaba á ser presa de una singular emocion; imaginábame que la tumba de hierro debia ocultar una lastimera historia, y mi curiosidad se hallaba excitada hasta el mas alto grado.

Seguramente el anciano adivinó que yo iba á insistir para obtener una explicacion mas precisa: tomó el pedazo de alabastro, que yo llevaba, antes de dejarme sospechar su intencion, y como yo me empeñase en continuar llevándolo, me aseguró que á lo menos en el pueblo debia rehusar mi ayuda, y esquivó, con gran despecho mio, las preguntas que acudian á mis lábios: marchó hácia el cementerio, y me dijo:

—Venid, y os enseñaré la tumba de hierro: ved, allá abajo, cerca de la pared de la iglesia, esas flores detras de la verja: ahí está.

Me aproximé al lugar indicado y miré con asombro: en vano busqué una piedra ó un signo cualquiera que me indicase el nombre de aquella muerta tan amada: nada

había más que flores: pero flores tan bellas y tan raras, y combinadas con un sentimiento tan profundo en la forma y el color, que solo la mano de un amante podía llegar á aquel grado de armonía: para mí era indudable que el ermitaño—si realmente era ermitaño el que velaba sobre la tumba—debía ser joven, y estar aun mecido por todas las ilusiones de la vida: pero al mirar el banco de madera gastado por el uso, empecé á cambiar de idea.

—¿Hace mucho tiempo que se halla aquí este banco? pregunté al anciano.

—Hace cuarenta años.

—¿Ha sido el ermitaño quien lo ha usado todo este tiempo, viniendo á rezar por la muerta?

—Sí.

—Pero eso sobrepasa á las fuerzas humanas! exclamé yo con admiración: sentarse cuarenta años cerca de una tumba! Si esto es amor, qué sentimiento tan profundo, tan inmenso, tan infinito! El sacrificio, la abstracción de una alma que vive en la tierra, con otra alma que habita ya en el cielo! Se podría llamar á esto idolatría, si esta aspiración á las regiones celestes no respondiese de una fé inquebrantable en la bondad divina y en la felicidad, de un porvenir sin fin! Vivir para una muerta y con una muerta!

—Ella no ha muerto, dijo el anciano.

—¿No ha muerto! repetí; entónces, ¿qué prodigio ó qué misterio ocultan esas flores?

—Vos fingís no comprenderme, caballero, dijo el anciano con acento tranquilo y profundo; y no obstante, vuestro corazón me ha comprendido: ¡muerta! en tanto que yo os hablo, la veo, me sonríe y escucho su voz: ella me grita en medio de esas flores:

—¡El tiempo va pasando, y yo te espero! pronto nos reuniremos aquí arriba!

—Ella os espera! Luego sois vos quien os sentais en ese banco?

—Yo mismo.

—¿El ermitaño?

—Es el anciano que la casualidad os ha dado por guía, el escultor al que habeis conducido el pedazo de piedra sin saber para qué recuerdo sagrado va á servirle; pero venid conmigo y nada más preguntéis: mirad, allí detras de la pared del cementerio, está mi habitación: seguidme: vais á saber cosas que nadie más que vos ha sabido jamás.

Yo me dejé conducir fuera del cementerio sin proferir una palabra: tras una pausa, el viejo continuó:

—Desde que se cerró ese sepulcro, no he tenido jamás expansión con nadie: á vos os amo, porque en vuestros escritos he visto que sois capaz de comprender una vida, á la que los otros llamarían una larga locura: mi paso sobre la tierra toca á su fin: un presentimiento secreto me dice que veré muy pronto á la que era mi solo bien, de otro modo que por el recuerdo; recibireis la confianza de lo que he esperado y sufrido, y cuando yo repose á su lado en esa tumba, referid mi triste y humilde vida, si creis que merece la pena de ser escrita.

Detúvose al decir estas palabras, detras de la pared del cementerio, y llamó á la puerta de una casa con fachada blanca, de la cual las ventanas estaban cerradas con persianas verdes: una criada anciana vino á abrir, y en tanto que penetrábamos, dijo mi compañero:

—Catalina, ved aquí un amigo, que comerá conmigo: poned otro cubierto.

La sirvienta se alejó sin responder una palabra, yo quise excusarme por el embarazo que ocasionaba al anciano y á Catalina, pero él me tomó por la mano, y me condujo al fondo de su casa, haciéndome entrar en una gran sala, que recibía la luz de un vasto jardín todo esmaltado de flores.

El aspecto de esta habitacion me asombró: hubiera podido creermé trasportado por encanto, á una sala de estudio de la Academia de Amberes, puesto que contenia una multitud de objetos que yo habia tenido otras veces entre las manos, y de los que habia visto muchos semejantes.

—Mirad todo esto, me dijo el anciano: cada cosa juega un papel mas ó menos importante en la historia que os voy á referir: pero no me pidais ahora una explicacion acerca de ello; eso seria tiempo perdido, y me obligaria á repeticiones molestas, para vos sobre todo.

Algunas cosas de las que se hallaban allí, no las habia yo visto en mi vida: sobre una mesa, se encontraban todas clases de figuras informes, como perros, vacas, pájaros, caballos y otros animales, groseramente tallados con la punta de un cuchillo sobre madera blanca: sobre una alfombrita de terciopelo azul, se veian dos ó tres figuras bastante raras; al lado de una de esas cajas de ópalo, donde las mujeres ponen pastillas de menta ó grajeas de acitron, habia tambien un cuchillo con cabo de nácar, y muchas medallas de oro y plata, pendientes de cintas de colores, ya ajadas.

Dando la vuelta á la habitacion ví sucesivamente á lo largo de las paredes, todos los *estudios* ordinarios de los jóvenes discípulos de la Academia de Amberes: narices, orejas, manos, cabezas y luego figuras enteras: mas léjos todo esto se hallaba vaciado en tierra, y despues todos los estudios se reproducian en yeso.

No ví mas que una sola composicion característica en el fondo de esta habitacion: el artista, la tenia sin duda en gran estimacion porque la habia encerrado en un armario con puertas de cristales, para preservarla del polvo y de la humedad: era un grupo en yeso, que representaba una mujer muy jóven cuya mano izquierda reposaba sobre la cabeza de un niño: la otra mano, extendida hácia delante, señalaba el camino del porvenir: en la sonrisa

protectora de la jóven, y en la expresion de reconocimiento que se pintaba en las facciones del niño, habia un sentimiento profundo y casi misterioso, que me dejó sumergido en una emocion pensativa.

Despues de haber mirado durante algun tiempo aquella obra singular, dije á mi huésped:

—Esta estatua no es una obra de la fantasía, aunque tampoco haya sido concebida segun las reglas clásicas: esta mujer ha vivido: ¿no es verdad, caballero?

—Sí, ha vivido, respondió el anciano con un suspiro profundo.

—¿Será acaso la imágen de la que reposa allá abajo?

—La imágen de la que duerme en la tumba de hierro, rodeada de flores.

—¿Luego era bella?

—Bella como el sueño eterno de los poetas.

Yo guardé silencio, temeroso de entristecer á mi nuevo amigo con preguntas indiscretas; él fué al fondo de la habitacion: abrió una puerta grande, y dijo:

—Hasta ahora solo habeis visto los estudios del niño; entrad, y podreis juzgar tambien al artista: él tendrá una verdadera alegría si sus obras pueden asegurarle vuestra amistad y simpatía.

Seguíle al aposento contiguo, que era grande y recibia la luz por el techo: á lo largo de las paredes y sobre pedestales de madera, se elevaban un gran número de estatuas de mármol y de alabastro, de las cuales quedé admirado desde el primer golpe de vista.

Todas eran con evidencia la expresion del mismo pensamiento, reproducido bajo formas diversas: no habia ninguna que no hablase de la muerte y de la resurreccion á una vida mejor: ya era un ángel con las alas desplegadas, que llevaba hácia su celeste patria una jóven dormida en sus brazos; ya era el génio de la inmortalidad, abriendo una tumba, y mostrando al alma despierta el camino de

la luz: ya era la misma jóven, saliendo á medias de su sepulcro, y extendiendo las manos con una sonrisa de deseo, como si llamase á alguna; ya era un mancebo, arrodillado sobre una piedra tumularia, y abrazado á un áncora simbólica; ya era el ave Fénix, elevándose con fuerzas nuevas, de la pira que contenia sus cenizas; ya en fin, otras mil figuras representando bajo formas diversas, la imágen de la vida futura despues de la muerte.

Todas estas composiciones, respiraban la sinceridad profunda del sentimiento de su autor; parecian vivir, no por la perfeccion de su forma corporal, sino por alguna cosa mas elevada, por el sello del alma, que el artista habia impreso en todas las partes de su obra, vertiendo en ellas un reflejo de la suya: las formas de las estátuas eran todas delgadas y finas, pero habia en el conjunto de estas creaciones, una expresion de pensamiento tan perfecta, unas proporciones tan armoniosas, tanta naturalidad, y no obstante, tanta poesía, que al mirarlas, yo me sentí como trasportado á un mundo de pensamientos místicos, y casi sobrehumanos.

—¡Qué hermoso es todo esto! exclamé entusiasmado: no debíais tener ocultas por mas tiempo, tantas obras maestras, caballero: enriqueced con un nombre ilustre el libro de oro de vuestra patria, y añadid un brillante florón á su corona artística.

El anciano sonrió á mi exclamacion: la impresion favorable que su talento habia producido en mí pareció causarle un íntimo placer: pero una especie de burla irónica, brilló en su mirada, como acusándome de exageracion.

—Creedme, porque os digo la verdad, exclamé de nuevo: exponed alguna de estas obras, y un gríto de admiracion se elevará de todas partes: si el gusto ha estado extraviado hasta hace poco por la admiracion exclusiva de las formas exteriores, hoy hay una gran tendencia, hácia ideas menos plásticas; el arte se inclina á la expresion del

pensamiento, del sentimiento y de las mas nobles aspiraciones del hombre: no priveis á la escuela flamenca de tan perfectos modelos.

El anciano bajó la cabeza, y murmuró como hablándose á sí mismo.

—¡Abandonar como alimento á la multitud mis recuerdos; y todos los latidos de mi corazon! permitir á la malevolencia levantar el velo de mi vida, y atraer las burlas, sobre todo lo que es sagrado para mí!

En este momento la sirvienta abrió la puerta y anunció que la comida se hallaba servida.

—Venid, caballero, me dijo el escultor, visiblemente satisfecho de esta interrupcion: la mesa del ermitaño, no os ofrecerá manjares esquisitos; pero siempre habrá bastantes para restaurar las fuerzas, de quien como vos ama la vida del campo.

Pusímonos á la mesa y comimos de dos ó tres buenos platos, á los cuales hice yo tanto mas honor, cuanto que la presencia de Catalina, me impedia hablar de lo que ocupaba mi espíritu.

Despues de la comida, el anciano me condujo á una estufa dependiente del jardin, y bastante espaciosa; de este modo supe donde nacian las flores exóticas y raras, que adornaban siempre la tumba de hierro.

Atravesando la estufa, entramos en el jardin, que era delicioso y se hallaba esmaltado de preciosas flores; lo que me hizo decir, riendo, que muchos desearian ser ermitaños en aquella soledad: mas el anciano sin contestar á mi chanza, me condujo á un cenador entoldado de elemátidas, y de madre selvas, se sentó, y mostrándome un sitio á su lado, me dijo:

—Pasareis aquí la noche; no admito escusas; mi historia, es mas larga de lo que pensais; si quereis conocerla por entero, es preciso que os sometais á esta necesidad: esto no me causa ninguna molestia; Catalina ha recibido